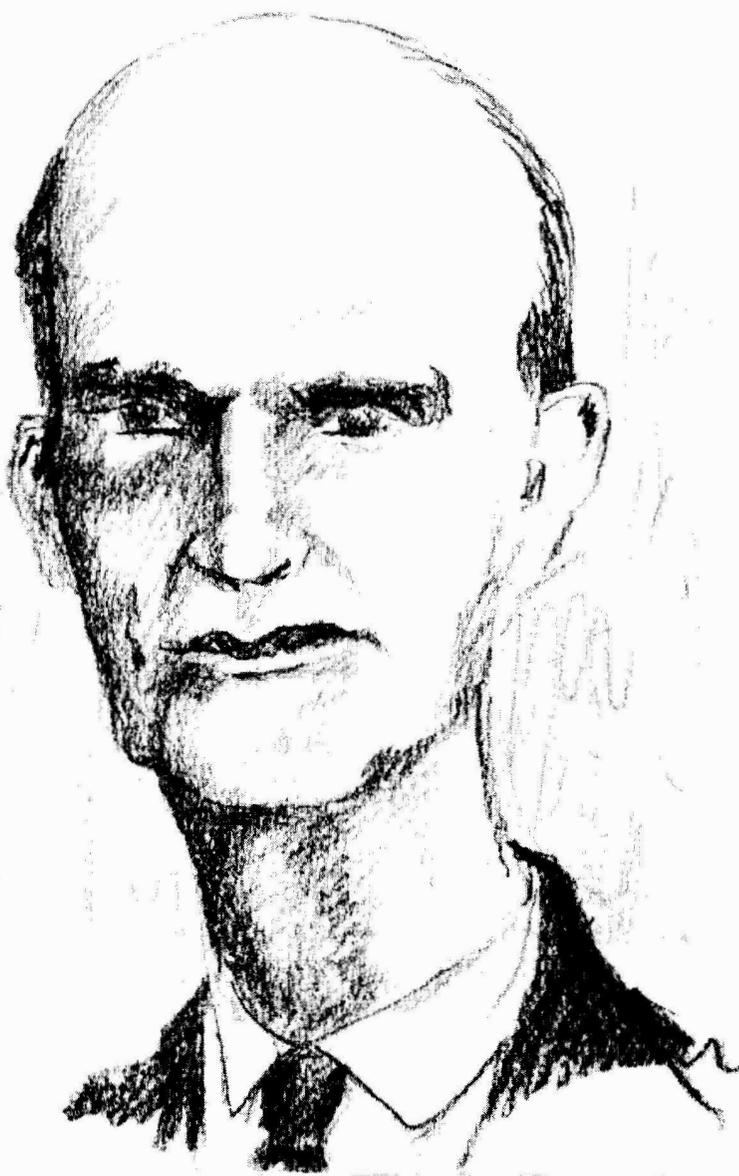


EL PUEBLO ANTIOQUEÑO

Nicolás Gaviria E.

Vol 29 # 101

(Octubre - Diciembre 1966)



Universidad Pontificia Bolivariana

1926-1986



e tarde en tarde se cruzaban atisbos de la literarura vernácula para tejer un canto a la tierra de Epifanio. Con aire doctoral algunos sociólogos andinos enmarcan y estratifican la proteica conducta de la gente que puebla la Montaña dentro de rígidos moldes en que a la terquedad se le llama energía, a la sinceridad imprudencia, debilidad a la resignación, habilidad a la astucia; o sentando como premisas algunas expresiones de circunstancia, o aplicando personales emociones a título de causa, terminan, ya por excluir a Antioquia de la cultura, ya por colocarla en el ápice de los modelos supremos, allí donde todo lo demás debe mirarse como minúsculo y despreciable.

Se han destacado algunos atributos de este pueblo antioqueño al modo de rasgos que le dan fisonomía inconfundible. Es posible, pero tal proceder apenas plantea la necesidad de un escrutinio histórico, psicológico y racial. Son familiares ya los conceptos del varón patriarca, de la mujer bíblica, de la familia educadora, del poblado que se acoge a la sombra del templo santificando con sus plegarias el golpe del martillo y del labriego para quien la siembra es un rito religioso y el sudor un sacramento. A la luz de este paisaje la existencia transcurre en olor de idilio, la guitarra montañesa es el eco de amores impregnados de un hálito beatífico.

Pero si Gutiérrez González se levantara del polvo ¿quién lo sacaría del asombro al ver el nuevo sentido, inesperado y trágico, jamás soñado por él cuando Antioquia era una Arcadia, que encierra aquel "fuego que enciende mano extraña", al ver que por obra de criminales inquilinos está siendo "ya ajena la casa paternal"? Y no que ajena planta huelle la gleba materna, porque el siniestro resplandor de hogueras, el cárdeno hilo de la sangre y el gesto materialista son autóctonos también. Y ¿por qué extrañarlo? ¿Tiene por ventura el antioqueño la culpa de sentir arder en su sangre lo que en legítima herencia recibió? ¿Son todos sus genes buenos, o algunos son letales? Estos interrogantes no pueden contestarse sin consultar la trama biológica con que fue tejido este pueblo en el proceso de su amanecer histórico, hoy en plena edad evolutiva. Miremos un momento allá.

Revueltas olas de naciones y costumbres, de sangres en conflicto, laten en las venas del pueblo antioqueño. Pueblo-síntesis, a su formación contribuyeron cuatro continentes. Tocó un día a los portalones de la selva, las espuelas calzadas y el hierro al cinto, un noble señor ansioso de aventuras épicas: era el hidalgo español en quien se consumía la ambición como un ascua y quemaba la inquietud como una fatal burbuja, como un secreto designio de lo Alto. La presencia del extraño fue toque de alarma, puso en pie de guerra a los hijos de la heredad. Aún resopla con los huracanes andinos la cólera de aquellos vigorosos Anteos que defendieron el derecho del solar. La tierra no olvida los nombres de los caciques que se batieron en aquella contienda de dos mundos: Sinago, Yutengo, Aramé, Bayaquimá, Tecucé, Tucujurango, Toné y veinte más. Si la lucha estuvo a la altura de los héroes, la alianza fue digna del amor que apagó los incendios porque España se hizo madre. Como la nueva familia requería servidores, del Continente negro se trajeron, pero al admitírseles en la comunidad, África impregnó con sus pigmentos las anteras de la raza. Momentos cósmicos aquellos: Europa, América y África tejían el organismo antioqueño. Y como a la formación de España habían contribuido ingredientes fenicios, árabes y románicos, quien atice los rescoldos de Antioquia hallará las huellas de Asia. Es nuestro pueblo una raza en ebullición cuya fisonomía definitiva no podemos precisar

aún. En la alquimia de su sangre obran herencias incontables: recibió los empeños románticos, los modos caballescros y la fértil galantería de los hijos de Agar; los hombres del Líbano le infundieron el sentido práctico, el frío cálculo, el impulso colonizador; impregnóle Roma de su arrojo personal, de su orgullo como pueblo, de su indomable vocación heroica; exprimió del pecho español, junto con la piedad religiosa y el amor al hogar, la insaciable sed del oro; al lado del pigmento africano apareció la resistencia a la fatiga, la hermandad con el sol en el plantío tropical, la resignación en las horas oscuras; agrégase a todo esto el aporte de la sangre indígena con su amor salvaje a la tierra, esas maneras mañosas con que esquivaba el antioqueño los zarpazos, la discreta sagacidad con que pulsa los hombres y las circunstancias, la tristeza indefinible de raza despojada que se quedó viviendo para siempre en los ojos de las mujeres y en el aire de las coplas populares.

Mérito del mestizo no es el haber recibido, a título de gracia, por el vaso comunicante de la herencia, inclinaciones ilustres. El hidalgo, antes que padre, fue señor. No era a menudo el mancebo ejemplar de la casa castellana que, acendrando en sí las virtudes con que un Fernando III engalanara sus sienes o un Guzmán el Bueno sellara su juramento, las pasase con creces a la prole americana. Era más bien y no con infrecuencia, el picantero que

se solaza pisoteando indios, el alcaballero hambriento que succiona, el espadachín de velludo corazón, el caballero de media loriga, gentes de hacienda unas, otras escapadas de la justicia, casi todas vestidas con petos y espaldares, capacetes y yelmos, "metidas las piernas en grevas y en gorjales los cuellos". El mordisco moro relampaguea en su cara cuando, templada por la cólera, dispara el incendio de sus ojos al tiempo que el arcabuz sobre el criollo cuyo cadáver irá a ser pavimento histórico de América. Aquí cuenta la calleja el choque de aceros por negocios turbios o competencias palaciegas; narra allá la encina el robo de la india; esta piedra recuerda el borbotón de sangre que el puño del licenciado hizo saltar de la boca que ensayaba un argumento; el sudor del indio guisa el plato del encomendero. ¡Qué hervidero de instintos era el medio social en que habían de educarse la juventud mestiza y la juventud criolla que obró el milagro de fabricarse su propia dignidad! Fue ella la que vio Martí un día "junto al cadáver del caballero muerto sobre sus esclavos, en forma de peregrino que no consentía señor sobre él ni criado bajo él, ni más conquistas que las que hace el grano en la tierra y el amor en los corazones, luchando por el predominio de la república con el aventurero sagaz y rampante hecho a adquirir y adelan-

tar en las selvas sin más ley que su deseo, ni más límite que el de su brazo, compañero solitario y temible del leopardo y del águila".

Jamás el oidor ni el virrey, ni las rudas industrias de una aristocracia feudal, tuvieron jurisdicción sobre el alma de Antioquia. Cuando el almidón de los golillas se derretía y la violencia se bamboleaba sacudida por el huracán, humano que recorrió la América con el gorro frigio, ya el leñador Antioqueño era un hombre libre. En la Montaña el primer criollo nació con el hacha al hombro y creó con ella una cultura independiente, lejos de los centros infectados por la corrupción de los conquistadores. El mestizo, en parte con la ayuda del mulato y del cuarterón, lavó en el trabajo las impurezas que lo manchaban desde el germen. El sudor era el agua viva con que practicaba las abluciones de su sangre. Vuelto a la Montaña, de la que salió un día para barrer la tierra de amos, sintió que la piedad de la naturaleza se le metía en el alma, y conocedor de la angustias de los oprimidos, proclamó el mandamiento de la igualdad. Triunfaba en él la redención de la Cruz sobre la rapiña pagana. Admirable autoeducación de contrastes fue la del mestizo: descendiente de moros extenuados por el lujo y la molición, resultó laborioso; heredero de impulsos bra-

¡QUÉ HERVIDERO DE INSTINTOS ERA EL MEDIO SOCIAL EN QUE HABÍAN DE EDUCARSE LA JUVENTUD MESTIZA Y LA JUVENTUD CRIOLLA QUE OBRÓ EL MILAGRO DE FABRICARSE SU PROPIA DIGNIDAD!

víos, se portó como un señor capaz de gobernar sus pasiones. Los sentimientos nobles que flotaban como átomos náufragos en el turbión de su sangre, acabaron por imponerse absorbiendo las toxinas que hubieran hecho de nosotros una horda terrible. Allí donde cayó el esclavo, levantó dos leños cruzados que eran todo un juramento; con el lodo de la conquista amasó el himno de la libertad; con los mosquetes y culebrinas de la soldadesca fabricó lanzas para aupar la bestia en que la justicia, calada en su testa la cimera como una pluma de fuego, recorrió a galope los Andes; allí donde fue hecho cenizas el rebelde, levantó una tribuna para discutir los problemas humanos; con escuelas empedró los patios donde el látigo del amo cruzaba las espaldas negras; en el lugar donde se erguía la vieja casona del jolgorio levantó la Universidad. Asqueado del mal ejemplo, lejos de hacer trabajar al negro para nutrir la holganza, el criollo antioqueño buscó la Montaña y aprendió a cantar el salmo de la vida a los golpes del hacha y en la dulce espera de las cosechas. En señal de alianza con el campo rubricó la hacienda con una choza pajiza, que es la firma auténtica del antioqueño. Ensaye hacer historia, si es capaz, otro pueblo, sobre estos agrios terrones y encárese a estos peñascos que parecen oleajes de un hervoso mar sísmico. Blasón de la áspera cumbre, la cabaña antioqueña por cuyos bahareques se filtran la soledad y los huracanes, pregona la altivez afirmativa de unos hombres

que se bastan allí donde perecerían otros que en el tráfigo diario derivan su sostenimiento del mercado de las lisonjas.

Raza cósmica que ha madrugado a la cultura es ésta de Antioquia, si bien se resiste a las pesquisas del sociólogo por estar todavía en revolución sus ingredienetes genéticos, permite al menos prever su futura potencia cuando reposen y se alquiten sus factores raciales. Anúncianlo así los insignes brotes, la ilustre savia que engendró a José Manuel Restrepo, dio estampa procera a José Miguel de la Calle, emancipó los vientres de las esclavas e hizo incorruptibles los tribunales con José Félix de Restrepo, lavó el suelo de tiranos con la sangre de Girardot, Liborio Mejía y Córdova, amplificó el panorama nacional con Zea, cantó las cosechas de la tierra materna con Gutiérrez González y el alma libre del pueblo con Epifanio, enseñó a gobernar hombres con el gran Berrío, ahondó en el estudio de las ciencias con Uribe Ángel, Posada Arango y Joaquín Antonio Uribe, señaló rutas de grandeza con el general Uribe, austeridad republicana con Carlos E. Restrepo, habló y respiró en las novelas de Carrasquilla y, subiendo a la mesa de los dioses del idioma, robó con Suárez la antorcha divina que arderá sin consumirse a lo ancho de los siglos.

Cuidar porque esta clase de frutos siga produciéndose por el vigoroso tronco, porque las taras latentes no vayan a

sofocar las vocaciones ilustres de un pueblo como éste que adorna la historia de la república, es tarea de gobernantes y educadores. Porque si los gérmenes morbosos, avivados por los pestíferos aires que han venido soplando de Pekín y Moscú, en consorcio con la técnica del crimen que tiene en el cine su cátedra más autorizada, acaban por imponerse a las tradiciones de los abuelos, de la Antioquia de antaño no quedará más que un recuerdo flotante sobre los escombros morales.

Ya la sierra "donde los vientos refrescan" se ha visto azotada por salvajes pasiones, y dantescas visiones nos han anticipado lo que será el brazo campesino si en lugar de "llevar el hierro entre las manos" para crear riqueza o defender el honor, lo emplea para arrasar sus títulos, deshonar su hoja de vida y volver a los instintos primitivos sobre los cuales logró imponerse en uno de los más impresionantes esfuerzos de que haya sido capaz la pubertad de un pueblo.